

En la intimidad de la Academia Marshall, el violoncelista Gaspar Cassadó celebra sus bodas de oro con el público.

GASPAR Cassadó, nómada como todos los concertistas, sólo permaneció unas horas en Barcelona. Las indispensables para su concierto con la Orquesta Nacional. Llegó siete horas antes, y siete horas después, al clarear el día siguiente, salió hacia Londres.

No obstante, entre la llegada y el concierto encontró el tiempo para festejar un aniversario, en compañía de antiguos amigos.

—Hace cincuenta años de mi primer concierto, que llamaríamos oficial —me entera.

Fue en Málaga, donde la Sociedad Filarmónica tuvo a gala presentar a un muy joven violoncelista catalán, Gaspar Cassadó.

—Pero no fue en realidad su primera actuación en público... sugiero.

—No. Cinco años antes, en el

soy profesor de violoncelo —me cuenta.

—¿No resulta pesado el viaje?

—Al contrario. Las dieciocho horas que dura me saben a poco, pues las aprovecho para leer, lo que no me es posible en ningún momento. De Florencia a Colonia y viceversa me he leído todos los «Episodios Nacionales», de Galdós, que cada día me parece un escritor más grande. Es nuestro Balzac, todavía más profundo. Me he leído también los muchísimos volúmenes del «Don apacible»...

Cuando sus giras le alejan de Europa, le suple en Colonia otro violoncelista catalán, Marcial Cervera, joven profesor en el Conservatorio de Lausana y discípulo de Cassadó.

Acaso la lectura ferroviaria del «Don apacible» haya sido



«Para que rabie Zabaleta», ha dicho Cassadó, convertido en arpista. Y Alicia de Larrocha le escucha, embelesada

1908, me había presentado en el desaparecido teatro Novedades, interpretando varias piezas. Era un crío.

Fue algo familiar, pues su padre era el empresario del local. Cassadó hizo en aquella ocasión figura de concertista precoz.

Hablar de precocidades parece casi natural en el curso de la fiesta íntima a la cual asisto, que tiene por marco el sabroso y modernista salón de la Academia Marshall, presidido por un decadente y preciosista retrato al óleo de Enrique Granados.

Refiriéndose a Alicia de Larrocha, me cuenta Cassadó:

—Este sí que fue un caso de precocidad. Era un «tapa» —y sitúa la mano a ochenta centímetros de suelo— y tocaba el piano ya tan admirablemente como hoy.

Oyéndose nombrar con tanto cariño, Alicia acude:

—Gaspar me quiere tiernamente —me dice—. Me crió muy cerca de él y de su familia, me regalaron el primer piano...

En verano, las familias eran vecinas en Santa Elena de Agell, un diminuto pueblo situado en las ondulaciones del Maresme, cerca de Cabrera.

Los azares de la existencia y determinadas circunstancias profesionales llevaron a Cassadó, cúmplense ya cuarenta años, a instalar en Italia sus cuarteles de invierno. Tiene una villa en Florencia, entre el Puente Viejo y los Uffizi.

—Determinado día de la semana me traslado en tren a Colonia, de cuyo Conservatorio

hecha con la intención de ambientarse. Nuestro famoso concertista acaba de efectuar una «tourné» por Rusia. Ha dado conciertos en Moscú, Leningrado y Kíef, conciertos ante salas llenas y entusiastas.

—La musicalidad del pueblo ruso impresiona —explica—. La música está en el ambiente, casi se hace corpórea. Me acompañaron a visitar al hijo de Rimski Kórsakof, y en la misma casa, al pasar ante una puerta, como quien no dice nada, me avisaron: «Aquí vivió Stravinsky...»

Uno de los organizadores de sus conciertos, que le despidió en el avión de regreso, mientras le acompañaba al aeropuerto, le contó este chiste:

«En el metro, un caballero dice a otro: "De no ser el bigote, usted tiene un parecido clavado con mi mujer." "Pero si yo no llevo bigote", protestó el otro. "¿Caramba!, entonces lo llevará mi mujer..."»

Transcribo el chiste como muestra de humor ruso.

Algunos de los presentes en la recepción de la Academia Marshall se lamentan de la ausencia de la señora de Cassadó, pianista, de nacionalidad japonesa, que conoció cuando era profesor en el Conservatorio de Siena.

—Ha tenido que quedarse en Florencia estudiando —refiere el esposo—. Los pianistas me dan verdadera pena, pues no pueden viajar con el instrumento. Mientras, yo, coloco en el violoncelo una madera que me sirve de sordina y, de convenir, estudio en el hotel hasta la madrugada...

EL ALCAZAR, 2 Diciembre 1963

CRITICA MUSICAL

Alicia de Larrocha y Enrique Jordá, con la Orquesta Nacional

Alicia de Larrocha, la gran pianista catalana, ha traído a la última velada de la Orquesta Nacional el «Concierto para piano y orquesta», de Arthur Bliss. Este compositor inglés goza de un sólido prestigio en su país, en el que ha ejercido la dirección musical de la BBC. Autor de numerosas obras de todos los géneros, teorizante y pedagogo, ha dictado cursos en la Universidad de San Francisco de California durante sus estancias en los Estados Unidos, a cuyo pueblo está dedicado este concierto. Muy en la línea estética anglosajona de este siglo, la obra discurre por cauces neorománticos, con una estructura firmemente establecida en los moldes tradicionales. El sabio oficio, la brillantez, la ambición de gran forma, son datos positivos de esta partitu-

ra, que, junto a momentos felices —los menos—, adolece de un falso lirismo y de una excesiva, grandilocuente, ornamentación que la aleja de nuestra sensibilidad. El eclecticismo de los medios empleados, el de los mismos conceptos estéticos, la privan, además y esto es más grave, de una personalidad bien definida. Alicia de Larrocha, interpretó su nada fácil cometido con la técnica segura y el buen criterio que en ella admiramos, bien acompañada por Enrique Jordá en esta obra y en la «Rapsodia sinfónica», de Joaquín Turina, que tuvo en la pianista visitante una versión fina y sensible.

Jordá, en esta reaparición al frente de nuestra primera agrupación sinfónica, se mostró dominador de los recursos orquestales, que trata con frialdad objetiva, obteniendo resultados de eficacia cierta. Su versión de la deliciosa «Sinfonía tercera», de Schubert, fue fluida, clara y directa, lo mis-

mo que en la «suite» de «Romeo y Julieta», de Prokofiev, y en la obertura de «El cerco de Corinto», de Rossini, que abría el programa.

Alicia de Larrocha y Jordá escucharon largas ovaciones, que compartieron con los profesores de la orquesta.

Fernando RUIZ COCA

LA VANGUARDIA ESPAÑOLA
MIÉRCOLES 24 DE JULIO DE 1963

MOMENTO MUSICAL

Los éxitos de la pianista Alicia de Larrocha

Si pudiéramos hacer un resumen de las actividades de las artistas españolas en el extranjero durante el presente curso, probablemente quedaría en la mejor clasificación la pianista Alicia de Larrocha. Hace pocos días, nuestra admirada pianista inició una amplia gira de conciertos por la América latina con actuaciones previstas en Uruguay, Paraguay, Chile, Perú y Argentina, donde debe actuar en el Colón de Buenos Aires bajo la dirección de Rafael Frúbeck. En el Nuevo Continente, Alicia de Larrocha celebrará una serie de recitales y conciertos con orquesta teniendo en programa los Conciertos de Schumann y 4.º y 5.º de Beethoven. Posteriormente acudirá al curso de Santiago de Compostela que deberá interrumpir los días 6 y 7 de septiembre para tocar con la Orquesta Nacional Francesa en los programas parisinos de la Televisión.

Durante el año, Alicia ha grabado varios discos; una nueva versión de Iberia de Albéniz, un disco entero de Granados y otro con obras del gran repertorio (Liszt, Chopin, Rachmaninoff, Debussy, etc.). Otro disco que esperamos con interés, lo ha grabado con Conchita Badía, incluyendo las Tonadillas y Canciones Amatorias, de Granados.

Ya en octubre pasado, Alicia de Larrocha inició sus giras de conciertos por Europa que continuó durante toda la temporada. En aquel mes actuó en Radio Luxemburgo bajo la dirección de Louis de Froment con el «Concierto Breve» de Montsalvatge y las «Noches en los Jardines de España» de Falla. Poco después celebró dos recitales en Londres y, sucesivamente, los siguientes: trece en diversas ciudades de Holanda; cinco conciertos con orquesta, también en los Países Bajos; dos recitales en Francia, y dos conciertos con las «Noches», de Falla, en Alemania y Bélgica. En todas estas actuaciones la pianista ha dedicado preferencia a los programas españoles pero ha sido solicitada también como solista de los principales conciertos del repertorio internacional; desde los de Beethoven al de Kachaturian, bajo la dirección de varios maestros (Heinz Jordans, Van Oterloo, Edouard Flipse, Paul Mule, André Rieu, etc.). Sus desplazamientos han sido alternados con repetidas actuaciones en las principales sociedades de conciertos de toda España. La frecuencia de estos conciertos y el tono encomiástico de los juicios obtenidos, rubricados por los mejores críticos actuales, sitúan a Alicia de Larrocha entre las pianistas de mayor y más amplia cotización internacional.

La voz de España
San Sebastián

6 DE ABRIL DE 1963

Música

Alicia Larrocha, en Cultura Musical

Actuó ayer en Cultura Musical la pianista española Alicia Larrocha, que continúa siendo la artista sensible en la recreación de nuestra música. Por esta sensibilidad suya y su musicalidad es por lo que sus interpretaciones de los autores españoles merecen el calificativo de ideal. Nos hizo escuchar páginas de Falla, las cuatro piezas españolas de este compositor tan sugestivas y que apenas se oyen y tres obras de la suite «Iberia», de Albéniz. Todas ellas salieron con una ejecución matizada y con una expresión resuelta. Alicia Larrocha no podía prescindir de Albéniz en su recital, ya que este autor se encuentra entre sus predilectos y el tocar música suya es una especialidad de ella. No en vano está Alicia Larrocha en posesión del Premio Internacional del Disco en París, precisamente por la grabación de la suite «Iberia».

El programa se completó con dos sonatas de Scarlatti, «Sonata en la mayor», de Mozart, y «Kreisleriana», de Schumann, que dejaron constancia de los acentos propios de cada compositor. Alicia Larrocha logró el asentimiento del público, que le aplaudió largamente

INTERINO